

ARTHUR SCHLESINGER JR.

Cegados en Irak

El presidente George W. Bush ha dado un giro desastroso a la política exterior de EEUU. Ha repudiado la estrategia que ganó la Guerra Fría: la combinación de contención y disuasión llevada a cabo de forma multilateral por organismos como Naciones Unidas, la OTAN y la Organización de Estados Americanos (OEA). La Doctrina Bush le ha dado la vuelta a todo esto. La esencia de su nueva estrategia es militar: consiste en golpear a un enemigo potencial, si es preciso de forma unilateral, antes de que tenga la oportunidad de atacar.

El presidente Bush ha sustituido una política orientada hacia la paz mediante la prevención de la guerra, por una política orientada hacia la paz mediante la guerra preventiva. Y lo ha hecho discreta, suave y habilidosamente, para no llamar excesivamente la atención sobre una revisión tan fundamental de la política exterior, evitando así cualquier debate nacional sobre su drástico cambio de rumbo.

La combinación de contención y disuasión fue iniciada hace más de medio siglo por el presidente Truman. Quedó refrendada como política nacional de ambos partidos (Republicano y Demócrata) por el presidente Eisenhower, siendo después apoyada por los presidentes Kennedy, Johnson, Nixon (con modificaciones), Carter, Reagan (con desviaciones), George H.W. Bush y Clinton. Durante los largos años de la Guerra Fría, la guerra preventiva era sencillamente inconcebible. Sus defensores eran considerados chiflados.

Durante el Gobierno de Truman, un alto cargo de las fuerzas navales, Francis P. Matthews, llamó públicamente a atacar a la Unión Soviética como una forma de evitar la cooperación para la paz. Fue inmediatamente reprendido por el presidente. "Siempre me he opuesto incluso a pensar en una guerra de ese tipo," escribió Truman en sus memorias. "No hay nada tan estúpido como pensar que la guerra puede evitarse mediante una guerra. Lo único que se 'previene' mediante la guerra es la paz."¹

En 1954, James Reston, del *New York Times*, le preguntó al presidente Eisenhower sobre la guerra preventiva. "Una guerra preventiva es, en mi opinión, una imposibilidad," respondió Eisenhower. "No creo que exista tal cosa, y francamente, ni siquiera escucharía en serio a nadie que me viniera a hablar de algo así", sostuvo.² En 1962, cuando el Gobierno de Kennedy luchaba contra la amenaza de los misiles nucleares

Arthur Schlesinger Jr. es historiador, fue asistente presidencial entre 1961 y 1964, recibió el premio Pulitzer en 1966 por su biografía *A Thousand Days*. Este artículo fue publicado en *The New York Review of Books*, 23 de octubre de 2003, Vol. 50, N° 16, cuenta con autorización para su reproducción

Traducción: Eric Jalain

¹ Harry S. Truman, *Memoirs, Years of Trial and Hope*, Doubleday, 1956, Vol. II, p. 383.

² John F. Stacks, *Scotty: James B. Reston and the Rise and Fall of American Journalism*, Little, Brown, 2003, p. 133.

soviéticos en Cuba, el Estado Mayor de los Ejércitos recomendó anular estos mediante un ataque preventivo. Robert Kennedy denominó esta idea “Pearl Harbor a la inversa”. Y añadió: “Durante 175 años nunca hemos sido esa clase de país.”³ Ahora parece que el presidente Bush quiere convertirnos en un país de esa clase.

Volviendo la mirada a los cuarenta años de Guerra Fría, podemos estar eternamente agradecidos de que los chillados de ambos bandos carecieran de poder suficiente. En 2003, sin embargo, están dirigiendo el Pentágono, y la guerra preventiva (la Doctrina Bush) es ahora política oficial. Hace sesenta años los japoneses anticiparon la Doctrina Bush atacando la flota naval de EEUU en Pearl Harbor. Como observó Franklin Delano Roosevelt, esta hazaña quedó marcada en la historia como una infamia; excepto hoy en día cuando es cometida por EEUU.

Debido a la mala reputación que rodea a la idea de guerra “anticipatoria”, el Gobierno de Bush prefiere hablar de guerra “preventiva”.⁴ Existe una diferencia entre ambos conceptos. La guerra “preventiva” está vinculada a una amenaza directa, inmediata y específica hacia EEUU que debe ser aplastada en seguida; se trata, en palabras del manual del Departamento de Defensa, de “un ataque iniciado en base a la evidencia incontrovertible de la inminencia de un ataque enemigo.” La guerra “anticipatoria”, en cambio, parte de especulaciones sobre amenazas potenciales y futuras.

La guerra “previa” se sitúa en el margen de la legitimidad. Los juristas internacionales aún acostumbran a citar la declaración realizada en 1841 por el secretario de Estado Daniel Webster, según la cual el ataque preventivo tan sólo podía justificarse si su ejecutor demostraba “una necesidad de autodefensa instantánea, abrumadora, carente de opciones y de tiempo para deliberaciones.”⁵ La guerra anticipatoria, en cambio, no requiere tales condiciones de legitimidad.

El incremento del terrorismo internacional sirve de base para la sustitución por parte del Ejecutivo de Bush de la contención y disuasión por la guerra preventiva como esencia de la política de EEUU. La Guerra Fría, después de todo, no era más que una rivalidad al viejo estilo entre Estados soberanos, entidades visibles responsables de sus decisiones. Pero los terroristas internacionales son invisibles e irresponsables. Golpean desde la sombra y a ella se retiran. El fenómeno del terrorismo internacional apela por lo tanto a nuevas estrategias.

En su discurso del 1 de junio de 2002, en West Point, el presidente Bush rechazó explícitamente la contención y la disuasión por considerarlas armas insuficientes para luchar contra el terrorismo. “Debemos llevar la guerra hasta el enemigo (...) y afrontar las peores amenazas antes de que surjan. En la era en la que entramos el único camino hacia la seguridad es la vía de la acción. Y esta nación va a actuar”, afirmó. El 19 de julio de ese año repitió en Fort Drum, Nueva York:

³ Arthur M. Schlesinger Jr., *Robert Kennedy and His Times*, Houghton Mifflin, 1978, p. 509.

⁴ Existen dos concepciones en inglés para hablar de guerras preventivas. “Preemptive war” se refiere a una guerra anticipatoria basada en la amenaza potencial.

“Preventive war” se refiere a una amenaza inminente y verificable y por tanto el ataque está justificado siguiendo el principio de proporcionalidad y está contemplado por el Derecho Internacional. (N. del traductor).

⁵ Robert V. Remini, *Daniel Webster: The Man and His Times*, Norton, 1997, p. 537.

“América debe actuar contra esas terribles amenazas antes de que se materialicen.” Tales discursos preparaban el camino para el planteamiento formal de la *National Security Strategy of the United States of America* (Estrategia de seguridad nacional de EEUU de América), publicado por la Casa Blanca en septiembre de 2002. “Dados los objetivos de los Estados delincuentes y de los terroristas, EEUU ya no puede confiar únicamente en una postura reactiva, como hicimos en el pasado. La incapacidad para disuadir a los potenciales atacantes, la inmediatez de las amenazas actuales y la magnitud del daño potencial que pueden infligirnos las armas elegidas por nuestros adversarios, ya no permiten tal opción. No podemos permitir que nuestros enemigos golpeen primero” afirma el documento.

Aparte de los métodos de lucha contra el terrorismo internacional propios de la policía y de la CIA, el *National Security Strategy* apela a la acción militar anticipatoria, justificándola con argumentos más difusos y laxos que los planteados por Daniel Webster. En realidad, la única actuación seria de las fuerzas estadounidenses hasta el momento ha sido un ataque al viejo estilo contra un Estado soberano. La guerra contra Irak no ha sido un ataque preventivo. No ha sido una guerra “iniciada en base a la evidencia incontrovertible de la inminencia de un ataque enemigo.” Ha sido una guerra anticipatoria; o, acudiendo a un eufemismo rebuscado, un ejercicio de “auto-defensa anticipatoria.” ¿De dónde ha sacado el presidente Bush la novedosa idea de la guerra anticipatoria como base de la política exterior de EEUU? Parece convencido de que la posición única de supremacía planetaria militar, económica y cultural de EEUU ofrece una oportunidad sin precedentes para imponer su ejemplo a otros países, y así salvarles de ellos mismos.

Guerra preventiva y unilateralismo doctrinario

La opción de la hegemonía global mediante la acción unilateral apareció por primera vez en 1992, en un misterioso documento del Pentágono aparentemente aprobado por Paul Wolfowitz y Dick Cheney, pero que fue rápidamente retirado por el Gobierno de Bush I. Wolfowitz se había opuesto a la decisión que el presidente Bush tomó en 1991 de no presionar a Bagdad y de no librarse de Sadam Husein de una vez por todas. En 1996 Richard Perle, Douglas Feith y otra media docena de altos cargos del Ejecutivo prepararon un documento para el duro derechista israelí Benjamín Netanyahu, que entre otros asuntos apelaba a “concentrarse en expulsar a Sadam Husein del poder en Irak”; un planteamiento que los extremistas consideraban muy próximo a los intereses de Israel. En 1998, Rumsfeld, Wolfowitz y Perle figuraban entre los 18 firmantes de una carta abierta al presidente Clinton, en la que sostenían que el cambio de régimen en Irak “debe convertirse en el objetivo de la política exterior americana.”⁶

América sin ataduras, escrito por Ivo H. Daalder y James M. Lindsay, dos politólogos de la Brookings Institution, es un útil análisis de lo que los autores denominan “la revolución Bush en política exterior”. Se trata de una disección incisiva y

La opción de la hegemonía global mediante la acción unilateral apareció por primera vez en 1992

⁶ Institute for Advanced Strategic and Political Studies, *A Clean Break: A New Strategy for Securing the Realm* (1996), p. 3; Steven Weisman, “Preemption: Idea with a Lineage Whose Time Has Come”, *The New York Times*, 23 de marzo de 2003.

concienzuda. No se centran tanto en la deriva hacia la guerra preventiva como en el unilateralismo doctrinario del Gobierno y su arrogancia moralizante.⁷ Daalder y Lindsay clasifican a los consejeros presidenciales en dos grupos, unidos por intereses políticos inmediatos, pero divididos en cuanto a objetivos finales. Un grupo lo forman los ya muy famosos “neoconservadores”: Paul Wolfowitz, Richard Perle, Douglas Feith, Lewis Libby, Elliott Abrams y, desde fuera del gobierno, William Kristol, Robert Kagan, Charles Krauthammer y Joshua Muravchik. El segundo grupo está dirigido por los “pro-nacionalistas”: el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de Defensa Rumsfeld. Los neoconservadores son visionarios que quieren rehacer el mundo a imagen y semejanza de EEUU; los pro-nacionalistas son curtidos políticos que quieren utilizar el poder estadounidense para intimidar a las naciones rivales y aplastar cualquier amenaza hacia la seguridad de su país.

En estos momentos, ambas facciones se han aliado para desdeñar a los organismos internacionales y promocionar la guerra preventiva. También se han puesto presuntamente de acuerdo en lo que parece un tanteo exploratorio hacia una estrategia nuclear ofensiva estadounidense. El 20 de mayo tuvo lugar en el Senado un debate fascinante al respecto, aunque sin gran cobertura mediática. El Gobierno de Bush buscaba revocar una disposición de la *defense authorization act* (ley de autorización de defensa) de 1994 que estipulaba que “la política de EEUU será la de no llevar a cabo investigaciones y desarrollos que puedan conducir a la producción de un nuevo armamento nuclear de baja capacidad.” Se definen como armas nucleares de baja capacidad, también conocidas como *mini-nukes*, las que no superan los cinco kilotones de potencia.

Puesto que la Comisión de Asuntos Militares del Senado ya había votado a favor de revocar esta prohibición sobre investigación en *mini-nukes*, Dianne Feinstein y Edward Kennedy plantearon una enmienda que resituaba los términos del debate. Los defensores de la enmienda Feinstein-Kennedy señalaron que los *mini-nukes* no son precisamente juguetes, que cinco kilotones suponen un tercio de la potencia explosiva que arrasó Hiroshima, que la puesta en marcha de la investigación en *mini-nukes* va en contra de la política estadounidense de no proliferación nuclear y “desataría una reacción en cadena mundial en torno a las pruebas nucleares” (Kennedy), que “no existe nada parecido a ‘armas nucleares usables’” (Feinstein) y que “EEUU no deberíamos plantear una política que nunca toleraríamos a los demás” (Carl Levin, senador por Michigan).⁸ A pesar de ello, se dio carpetazo a la enmienda Feinstein-Kennedy mediante una votación de 51 a 43. Y aunque la Casa Blanca, mientras tanto, había anulado la investigación en *mini-nukes*, el 16 de septiembre el Senado volvió a rechazar una nueva versión de la enmienda Feinstein-Kennedy.

Objetivo: Irak

Tras el 11-S, Rumsfeld y Wolfowitz, que consideraban Irak un asunto pendiente desde el Gobierno de Bush I., no perdieron ni un instante en recolocar a este país

⁷ Presentan este análisis de forma condensada en un capítulo de *The George W. Bush Presidency: An Early Assessment*, textos de politólogos recopilados por Fred Greenstein de Princeton.

⁸ *Congressional Record*, 20 de mayo de 2003, S6663–S6690.

en la agenda presidencial. Rumsfeld apoyó la guerra contra Irak porque se había convencido a sí mismo de que Sadam Husein poseía armamento efectivo de destrucción masiva, de que era un aliado activo de Osama Bin Laden, y de que resultaba conveniente que la base militar estadounidense en Oriente Medio pudiera trasladarse desde su actual ubicación en la inestable y ambigua Arabia Saudí hasta un Irak sometido. Wolfowitz también se creía estas tres cosas, y además abrigaba la fantasía neoconservadora de que estableciendo una democracia “jeffersoniana” en Irak se podría modernizar y democratizar todo el mundo musulmán, siendo a partir de entonces menos hostil hacia Israel. En una entrevista con Sam Tanenhaus, publicada en *Vanity Fair* en junio de 2003, Wolfowitz planteaba que las supuestas armas de destrucción masiva y la supuesta alianza con Al-Qaeda eran las dos razones urgentes que justificaban la guerra contra Irak. Y añadía una tercera razón: la liberación del sufrido pueblo iraquí de un tirano monstruoso. Aunque señalaba que esto por sí mismo “no es razón suficiente para poner en peligro las vidas de los hijos de América”.

Ahora que no se ha logrado encontrar evidencias de armas de destrucción masiva ni pruebas de colaboración entre Sadam Husein y Osama Bin Laden, el Gobierno de Bush se ha quedado sólo con el argumento de la liberación, antes considerado insuficiente como para justificar una guerra. Pero es un argumento poderoso. Si el Gobierno hubiera seguido la política preconizada por muchos estadounidenses (incluyendo al que escribe este texto), es decir, una política de contención y disuasión consistente en aislar a Sadam Husein, probablemente éste seguiría hoy en día gobernando en Bagdad. Esta es una idea inquietante para los opositores a la guerra. Sin embargo, hay un montón de malvados en el mundo, ¿EEUU está obligado a eliminarlos a todos? Entonces, ¿por qué el presidente Bush y sus más cercanos consejeros decidieron ir a la guerra contra Irak? No creo que se montara toda una guerra sólo para beneficiar a la Compañía Halliburton, ni para complacer a Israel, o para vengar el intento de asesinato de su padre. Bush es un presidente con ideas de grandeza. “Aprovecharé esta oportunidad para alcanzar grandes objetivos,” le dijo a Bob Woodward.⁹ Lo que sospecho es que sueña con hacerse un sitio en la historia convirtiendo al mundo árabe a la democracia representativa.

Si esto es lo que pretende, se explicaría en parte la confusión de prioridades por la que la guerra contra el terrorismo se metamorfoseó en una guerra contra Irak. Bob Graham, senador por Florida, es el único aspirante a la candidatura presidencial demócrata que se unió a Robert Byrd, a Edward Kennedy y a veinte senadores más para votar contra la resolución que autorizaba a Bush para atacar a Irak. Como presidente de la Comisión de Inteligencia del Senado, Graham afirmó que no había visto evidencias de peso de la presunta alianza entre Sadam Husein, musulmán pero defensor de un poder laico, y Osama Bin Laden, fanático fundamentalista musulmán. (Obsérvese que Sadam Husein aparece prácticamente siempre con trajes occidentales, mientras que Osama Bin Laden lo hace siempre con atuendos árabes). Graham se temía que la guerra contra Irak supusiera

⁹ Esto impresionó tanto a Woodward que reproduce varias veces esta cita en *Bush at War*, Simon and Schuster, 2002, pp. 282 y 339.

una desviación de la atención, recursos y poder militar del principal objetivo: la guerra contra Al-Qaeda. Y en vez de suponer un golpe definitivo contra el terrorismo, la victoria sobre Irak podría perfectamente acabar produciendo todo lo contrario, es decir, toda una nueva generación de terroristas. Hoy en día ya sabemos que los presentimientos expresados por Graham, a los que apenas se prestó atención en su momento, han resultado estar justificados.

El papel de la oposición

Hasta ahora, sin embargo, el drástico cambio de rumbo que el presidente Bush ha impuesto a la política exterior estadounidense apenas ha encontrado oposición efectiva alguna. Después del 11-S, los votantes estadounidenses se unieron tras la bandera sintiéndose, como nunca les había ocurrido antes, personalmente vulnerables ante los ataques enemigos. En este ambiente de “seguridad nacional”, los demócratas han creído que cualquier crítica a las políticas del presidente podían ser confundidas con falta de patriotismo.

La prensa y la televisión también son culpables de la ausencia de oposición. La mayor parte de los periódicos nacionales, incluso *The New York Times*, concedían portadas y titulares a los comentarios de Cheney y de Rumsfeld, mientras relegaban a un párrafo en las últimas páginas, o incluso ignoraban totalmente, las juiciosas y razonadas declaraciones de Edward Kennedy y de Robert Byrd contra la carrera hacia la guerra preventiva. Se tuvo que llegar a que algún filántropo pagara al *Times* una página entera de publicidad para imprimir el 9 de marzo el texto completo del poderoso discurso contra la guerra pronunciado por Byrd el 12 de febrero. Al no conceder un espacio equitativo a los que se oponían a la guerra preventiva, se ha desalentado cualquier debate nacional sobre la Doctrina Bush.

Una encuesta del *Washington Post*, realizada el pasado mes de agosto, revelaba que el 69% de los estadounidenses sigue creyendo que Sadam Husein estaba “personalmente implicado” en el ataque a las Torres Gemelas. ¿De dónde han sacado tal idea? Tal vez de la retórica del Gobierno, tal y como ha sido filtrada por la prensa. Sadam Husein puede ser un gran villano, pero no tiene nada que ver con el ataque a las Torres Gemelas, como admitió tardíamente el presidente Bush el 17 de septiembre.

No debemos subestimar la capacidad de Bush para salirse con la suya. Es un presidente en minoría que perdió las elecciones populares por más de medio millón de votos. El primer presidente en minoría, John Quincy Adams (también hijo de presidente), dijo en su discurso de toma de posesión, en tono de disculpa: “La confianza previa que habéis depositado en mí es menor que la que depositasteis en cualquiera de mis predecesores, por lo que soy profundamente consciente de que necesitaré más, y más a menudo, de vuestra indulgencia.” No hubo tales disculpas en el discurso inaugural de Bush. Actuó como si hubiera logrado un triunfo electoral aplastante, como si realmente se hubiera más que merecido el mandato electoral; y parece que se ha salido con la suya.

A pesar de su faceta bufonesca, el presidente es alguien seguro de sí mismo, disciplinado, decidido y astuto, y capaz de concentrarse en unas pocas priorida-

des. Ha logrado mantener bajo control a toda la fauna de la coalición republicana, cuya composición ha sido bien descrita por Kevin Phillips:¹⁰ “Wall Street, las grandes compañías energéticas, corporaciones multinacionales, el complejo militar-industrial, la derecha religiosa, los grupos de presión ultra-neoliberales y el eje Rush Limbaugh.”¹¹ Todos estos grupos están de acuerdo en brindar un sólido apoyo a su presidente, a pesar de las agudas diferencias que los separan.¹²

El presidente Bush irradia una serena pero temible certeza cuando tiene que afrontar problemas o desacuerdos complicados. “No albergo duda alguna de que estamos haciendo lo correcto,” le dijo a Bob Woodward. “Ninguna duda”. Sus amigos atribuyen esta serenidad a su fe religiosa. Woodward, que entrevistó a Bush durante casi cuatro horas para su libro *Bush at War* salió con la clara impresión de que “el presidente estaba encajando su misión y la de la nación en la gran visión del plan Divino.” “Estoy aquí por una razón,” le dijo Bush a Karl Rove, su artífice político, “y así será como seremos juzgados.” Un asesor superior comentó que el presidente “realmente cree que ha sido colocado aquí para hacer esto [su política militar] como parte de un plan divino.”¹³

Aunque no cabe ninguna duda de la sinceridad de las creencias religiosas del presidente Bush, su fe también sirve a sus propósitos políticos. Las estadísticas religiosas suelen ser notablemente poco fiables, pero tal vez hasta un tercio de los estadounidenses son cristianos evangélicos. En mi juventud, ser fundamentalista protestante significaba ser anticatólico y antisemita. En 1928 encabezaron la campaña contra Al Smith, y en 1960 la campaña contra John F. Kennedy; en 1915 lincharon en Georgia a Leo Frank. Por aquella época los fundamentalistas eran una minoría desdeñada y aislada a algunos Estados del profundo sur. Pero en las últimas décadas la derecha cristiana se ha aliado a los ultraderechistas católicos para luchar contra el aborto, y a los ultraderechistas judíos en torno a la Tierra Santa. Hoy en día se han convertido en una fuerza política mucho más potente, que tal vez afecte a más del 40% del electorado. Lo que aporta a un presidente evangelista una ventaja adicional.

Así como los problemas de sintaxis de Ike Eisenhower condujeron a subestimar su determinación y sus habilidades políticas, igualmente los errores de lenguaje del presidente Bush han confundido a mucha gente, especialmente a los intelectuales liberales. El veterano Murray Kempton fue uno de los primeros libera-

Aunque no cabe ninguna duda de la sinceridad de las creencias religiosas del presidente Bush, su fe también sirve a sus propósitos políticos

¹⁰ Kevin Phillips es autor de *The Emerging Republican Majority*, 1969.

¹¹ Kevin Phillips, “Why I Am No Longer a Conservative,” *The American Conservative*, 7 de octubre de 2002.

¹² Estos desacuerdos han sido revelados en un curioso libro de Laurie Mylroie, *Bush vs. The Beltway: How the CIA and the State Department Tried to Stop the war on terror*, Regan Books, Harper Collins, 2003. Este libro debe leerse con desahogo de la ira reprimida del ala dura del Gobierno de Bush contra otros seguidores del presidente que cuestionan la infalibilidad de estos. Es un regalo para los que adoran a Cheney y a Rumsfeld, a Ahmad Chalabi y al Congreso Nacional Iraquí, y para los que aborrecen al Departamento de Estado y a la CI. El libro alcanza con argumentos panfletarios a Richard Perle, a R. James Woolsey y al bien embarcado en su viaje de izquierda a derecha Christopher Hitchens.

¹³ Woodward, *Bush at War*, pp. 67, 205, 256.

les en apreciar el poderío político oculto de Ike; “tortuoso” en el mejor sentido de la palabra, como afirmó Nixon.¹⁴ Michael Kinsley retrató correctamente al presidente Bush como “un auténtico líder”.¹⁵ No pretendemos con esto sugerir que Bush atesore el peso de la experiencia y la prudencia en el juicio que caracterizaron a Ike. Pero tiene habilidad para movilizar a la opinión pública y para aplastar y marginar a la oposición.

Daalder y Lindsay están de acuerdo con Kinsley: “Cuando George Bush asumió la presidencia mucha gente cuestionaba abiertamente su habilidad para dominar la política exterior. Desde cualquier punto de vista razonable, ha demostrado a los recelosos que se equivocaban (...) Ha actuado con una decisión, resolución y capacidad de mando sobre sus consejeros que ha sorprendido incluso a sus más ardientes seguidores.”

La guerra preventiva contra Irak ha sido una elección del propio presidente Bush. EEUU no se ha visto, como ocurrió en la II Guerra Mundial, forzado a intervenir. Tampoco ha sido como la guerra de Corea, la primera Guerra del Golfo o la guerra contra los talibanes, una reacción ante actos de agresión abiertos. Ni en esta ocasión EEUU se ha dejado arrastrar progresivamente hasta llegar a una guerra a gran escala, como ocurrió en Vietnam. Los militares profesionales no han desbordado entusiasmo por ir a la guerra en Irak, ni había un clamor popular en tal sentido. Si finalmente EEUU no hubiera atacado a Irak, poco le hubiera importado a la mayor parte de los estadounidenses, muchos ni se hubieran enterado. La decisión de ir a la guerra y su promoción pública han dependido de una sola persona, que envió a muchos miles de soldados hacia allí, mientras la mayoría de los demás países dudaban de que un ataque estuviera justificado.

¿Cuál es el estado actual de la Doctrina Bush?

Ha quedado severamente dañada por la menguante credibilidad del presidente. La opción por la guerra preventiva reposa totalmente en la presunción de que se parte de un trabajo de inteligencia preciso y fiable sobre las intenciones y capacidad militar del enemigo; suficientemente preciso y fiable como para enviar a nuestros jóvenes hombres y mujeres a matar y morir.

Pero, “en vez de utilizar la inteligencia como evidencia sobre la que basar las decisiones políticas”, afirma Robin Cook, ex-secretario de exteriores británico que dimitió del Gobierno de Blair durante la guerra, “hemos utilizado la inteligencia para justificar una decisión política que ya hemos tomado.” Cuando parte de la prensa está recuperando su escepticismo, ahora se está cobrando conciencia del ávido ardor con el que Bush y sus aliados se abalanzaron sobre las migajas de inteligencia susceptibles de respaldar su política, algunas de las cuales eran falsas, otras falaces, otras erróneas y otras caducas o plagadas.

El Gobierno de Bush no tenía, por lo tanto, “ninguna duda” sobre las armas de destrucción masiva de Sadam. Ni tampoco sobre su alianza con Osama Bin

¹⁴ Richard M. Nixon, *Six Crises*, Warner, 1962, 1979, p. 189.

¹⁵ Michael Kinsley, “The power of one”, *Time*, 21 de abril de 2003.

Laden, ni sobre su capacidad para construir rápidamente una bomba nuclear, ni siquiera sobre la calurosa bienvenida que recibirían las tropas estadounidenses, vistas como liberadoras. El colapso de unas predicciones tan firmes sugiere que la Doctrina Bush impone una carga excesiva a nuestras agencias de inteligencia, puesto que no siempre somos capaces de saber todo lo que deberíamos antes de partir a la guerra. El descalabro de la credibilidad del Ejecutivo con respecto a Irak puede acabar minando la política de guerra preventiva.

Tras el ataque del 11-S la guerra de Afganistán fue necesaria, puesto que el gobierno talibán se negaba a entregar a Bin Laden; pero la guerra de Irak era opcional. El presidente Bush nos ha conducido a un lío espantoso (a un “atolladero”) debido a la espectacular incompetencia de su Ejecutivo a la hora de planificar la post-guerra. Richard Lugar, republicano presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, ha afirmado, con una ingenuidad no partidista, que la pésima planificación post-bélica se ha debido a que las suposiciones de partida del Gobierno “simplemente no eran adecuadas.”¹⁶ Chuck Hagel, senador por Nebraska y también republicano, lo ha expresado con mayor dureza: la Casa Blanca “ha realizado un trabajo de planificación lamentable para el Irak post-Sadam.”¹⁷ La inquietud en el Senado se ha visto respaldada por un informe clasificado del Pentágono titulado *Operation Iraqi Freedom: Strategic Lessons Learned* (“Operación Libertad Iraquí: lecciones estratégicas aprendidas”), convenientemente filtrado al *Washington Times* el 3 de diciembre. El informe culpa del éxito de las acciones de guerrilla contra las tropas estadounidenses (que tan brillantemente ha analizado Mark Danner en el *New York Review* del 25 de septiembre) al apresuramiento y superficialidad de la planificación de Washington. La factura asciende ya a 87.000 millones de dólares, y sigue aumentando. Como al Sansón de Milton en Gaza, nos han cegado en Irak.

El triple papel

Resulta dudoso que el presidente lograra volver a reunir una “coalición de voluntades” para una guerra preventiva contra Irán o Corea del Norte. ¿No se ha quedado la Doctrina Bush ya obsoleta? Existen también objeciones sobre su futuro de mayor alcance. “No entra dentro del interés nacional estadounidense que la guerra previa se convierta en un principio universal accesible a todas las naciones”, observa Henry Kissinger.¹⁸ Pero reservar este derecho sólo a EEUU supone convertirnos en juez, jurado y verdugo del mundo. Por muy virtuosos que se crean algunos estadounidenses como para conceder este triple papel a un presidente de nuestra nación, los demás países menos poderosos seguramente nos odiarían por ello.

¹⁶ “War was poorly planned, senator says”, *International Herald Tribune*, 12 de agosto de 2003.

¹⁷ David Sanger, “White House memo”, *The New York Times*, 10 de septiembre de 2003.

¹⁸ Henry A. Kissinger, “Our intervention in Iraq”, *The Washington Post*, 12 de agosto de 2002.

Por ejemplo, una reciente encuesta realizada por el *German Marshall Fund* revela un impresionante cambio de la opinión europea hacia EEUU. La mayor parte de los europeos expresan un enérgico rechazo hacia la política exterior estadounidense, entre ellos los italianos y los alemanes, cuya desaprobación ha aumentado más de un 20% con respecto a una encuesta similar realizada el año pasado.¹⁹ Tras el 11-S el diario francés *Le Monde*, que no es precisamente pro-americano, afirmaba: “Todos somos americanos”. Tras la guerra de Irak, Jean Daniel, con un pasado pro-americano, declaraba en *Le Nouvel Observateur*: “No todos somos americanos”. El Gobierno de Bush, siguiendo el consejo de Maquiavelo de que “es más seguro ser temido que ser amado”, despacha la opinión mundial como si el prestarle atención fuera “cosa de flojos”.

Parecen olvidar a los flojos que lucharon en la revolución estadounidense y establecieron la nueva República. “Es importante que todo gobierno preste atención al juicio de otras naciones, por dos razones,” declaraba el 63º confederado: “La primera es que, independientemente de los méritos propios de cualquier plan o medida particular, siempre es deseable, por diversos motivos, que sea percibida por las demás naciones como fruto de una política sabia y honorable. La segunda razón es que, en caso de duda, y especialmente cuando los poderes nacionales puedan estar pervertidos por fuertes pasiones o intereses transitorios, el conocimiento o presunción de lo que opinan las naciones imparciales puede convertirse en la mejor guía.”

Más aún, el citado triple papel, que es fuente de fariseísmo y de arrogancia, es capaz de corromper a nuestra propia nación. Como dijo John Quincy Adams (tal vez nuestro secretario de Estado más excepcional) un 4 de julio de 1821: “Allá donde el estandarte de la libertad y de la independencia haya sido, o vaya a ser, desplegado, estarán presentes el corazón, las bendiciones y las oraciones de América. Pero nuestra nación no saldrá fuera buscando monstruos que destruir.” Y si América fuera enredada en guerras exteriores por intereses o intrigas, Adams predijo: “las máximas fundamentales de su política derivarán insensiblemente desde la libertad hacia la fuerza (...) Puede así convertirse en la dictadora del mundo: dejará de ser la dueña de su propio espíritu.”

La cuestión del triple papel también resucita una concepción imperial de la presidencia. De nuevo, el pasado de EEUU nos envía advertencias al respecto. El 15 de febrero de 1848, durante la guerra contra México, un joven congresista de Illinois envió una carta a su colega señalando los fallos constitucionales y prácticos de lo que ahora hemos venido a llamar Doctrina Bush. Abraham Lincoln escribía a William H. Rendón: “Permite que el presidente invada una nación vecina cuando lo considere necesario para repeler una agresión y le estarás permitiendo que lo repita cada vez que decida afirmar que lo considera necesario para tal propósito, y le estarás permitiendo hacer la guerra a placer (...) Si hoy decidiera afirmar que cree necesario invadir Canadá para prevenir una invasión británica, ¿cómo podrías detenerle? Podrías decirle: ‘No veo ninguna probabilidad de que los británicos nos invadan’; pero te responderá: ‘Cállate: si tú no la ves, yo sí.’”

¹⁹ “European’s doubt over US Policy Rises”, *International Herald Tribune*, 4 de septiembre de 2003.

La Convención de Filadelfia, afirmó Lincoln, ha “resuelto diseñar la Constitución de manera que nunca un solo hombre tenga el poder de traernos la opresión.”
¿El presidente estadounidense autonombrado juez, jurado y verdugo del mundo?
El presidente John F. Kennedy declaró: “Tenemos que afrontar el hecho de que EEUU no es omnipotente ni omnisciente, que tan sólo somos el 6% de la población mundial, que no podemos imponer nuestra voluntad al otro 94% de la humanidad, que no podemos enderezar todos los problemas ni darle la vuelta a todas las adversidades, y que por lo tanto no puede haber una solución americana para todos los problemas del mundo.”²⁰

²⁰ John F. Kennedy en la Universidad de Washington el 16 de noviembre de 1961, en *Public Papers*, US Government Printing Office, 1962, p. 726.